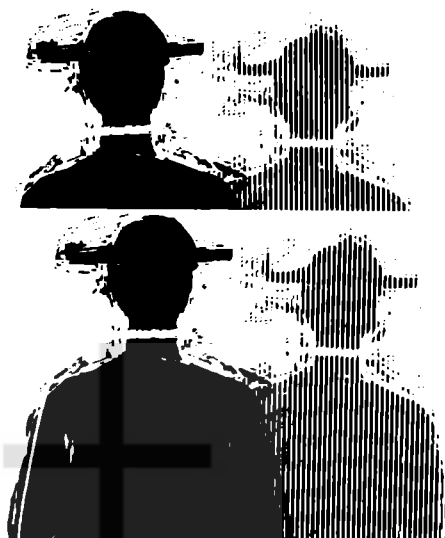


ORDEN Y DESORDEN EN CHALATENANGO



La Iglesia Católica Romana tiene una disciplina, severa por cierto, para todos sus fieles y en particular para sus sacerdotes y Obispos. Cuando pues, la Iglesia, llevada por motivos pastorales u obligada por causas disciplinares tiene que proceder a un cambio, por ejemplo, de Cura párroco, lo hace con fidelidad a las normas pastorales o éticas que ella misma ha impuesto y que todo sacerdote ha hecho promesa solemne de cumplirlas. Pastorales o disciplinares, estos criterios quedan últimamente en las manos de las supremas autoridades de cada diócesis.

En una declaración-histórica, jurada ante Dios y firmada, el Padre Daniel Alvarez declara que “un grupo de personas” irrumpió a la casa cural provocándole una desconcertante sorpresa. “Dichas personas me manifestaron —declara el P. Alvarez— que el pueblo era dueño de la Iglesia y del Convento”. Acto seguido cambiaron chapas y candados por otros nuevos. El mismo sacerdote declara en este documento y jura ante Dios y ante testigo: “nunca apoyé este movimiento” y jura además “no haber influído en la actitud rebelde de las personas que se oponen a las disposiciones del Sr. Arzobispo”.

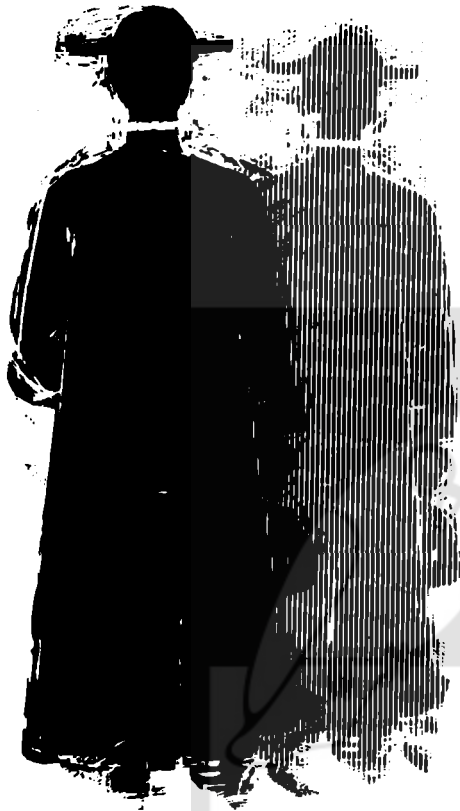
Se deduce por consiguiente, de estos primeros datos, que se trata de “un grupo” de personas, que haciéndose pasar por el detentador del poder del pueblo se propone poner ORDEN, causando un verdadero desorden disciplinar y religioso en la Iglesia. “La irrupción” de este grupo, pone de manifiesto que ellos aprovechan esta situación, propicia para poner manos en un asunto que no es de su incumbencia y con miras diferentes, puesto que el mismo Padre Alvarez declara, ante Dios y lo jura, que les dijo claramente que él “no quería permanecer en Cha-

latenango”.

El problema tiene hondas raíces.

En nuestros países latinoamericanos se ha encendido un fuego revolucionario con la leña de la miseria de las mayorías. Este fuego ha puesto calor a las esperanzas de los pobres y ha puesto luz en las inteligencias de los responsables del destino de estos pueblos. Sin embargo, se ha creado un rito indio de querer apagar este fuego. Por aquí, por allá, por todas partes en Latinoamérica. Las reglas para apagar este fuego, son reglas de un juego internacional. El modo cómo aplicar este juego al fuego, se lo dejan a la “inteligente iniciativa” de cada pueblo. Aquí en El Salvador, este juego recibe un nombre que es ORDEN.

Este juego peligroso, nació en el país según la mística del juego internacional de apaga fuego. Como movimiento paramilitar para combatir el comunismo, se ideó también, desde el principio, como una forma política para asegurar los votos y el poder a un partido político. Sobre todo, se ideó ORDEN para las clases campesinas. Y como éstas representan la flor de nuestra fe religiosa católica, entonces incluye ORDEN en su lema, la defensa de la Religión Católica Romana. Si a esto añadimos que sus principales teóricos fueron miembros de los que recibieron un mal llamado Cursillo de Cristiandad, en donde, entre lloros y sentimentalismos, lo único que sacaron en borrador fue que los laicos tienen también una palabra en la Iglesia; entonces, se colige, que este juego peligroso se atribuye, erróneamente, reglas de derechos y deber que son de la competencia de los Obispos.



Que los laicos tengan su palabra en la Iglesia, el Vaticano II lo ha reafirmado solemnemente. Pero esto no pone en entredicho las formas fundamentales establecidas por la Institución Eclesiástica para obviar este derecho de los laicos. El principio fundamental lo encontramos en Pablo, al establecer que cada miembro de la Iglesia tiene su lugar y no puede atribuirse derechos y deberes que corresponden a miembros diferentes.

Nos parece sin embargo, más importante, ponderar el por qué, las fuerzas de apaga-fuego, se han permitido ultrapasarse los límites de lo eclesiástico.

Jesús asumió una responsabilidad, como hom-

bre y como Dios, para con los hombres. La demanda de estos hombres clamaba a gritos por su miseria humana y de pecado. Cuando Jesús asume el encargo de los hombres de poner justicia, amor y paz entre ellos no puede menos que comprometerse a hacer vigentes aquellos valores, en la politicidad misma de las relaciones de los hombres. Esto es lo que los teólogos llaman la responsabilidad política de Jesús. Consecuente a este compromiso político, Jesús no muere, como su padre putativo José, de una muerte apacible en su hogar; al contrario, muere desgarrado en la cruz, víctima de la violencia de aquellos que querían apagar el fuego de su palabra y de su obra liberadora.

La Iglesia a la que nosotros pertenecemos, es la Iglesia que Jesús dejó fundada con su compromiso histórico, como Hijo de Dios hecho hombre. Así las cosas, no debe extrañarnos en modo alguno, que la Iglesia, aquí en El Salvador, se preocupe por una situación del hombre en todo similar a aquella de los contemporáneos de Jesús. Esta Iglesia recibe una misión: que es de predicar a los hombres el evangelio. Lo que la Iglesia predica es por consiguiente, el compromiso político de Jesús para salvar al hombre de la opresión de la miseria y del pecado que, en nuestra sociedad cobra la forma particular de pecado de injusticia. Y ese evangelio se lo ha de predicar al Hombre. No a uno y a otro, sino al hombre que se perfila en una determinada comunidad. Ahora, este hombre en nuestra comunidad salvadoreña, se perfila como el hombre subyugado por su miseria material y por la miseria moral de injusticia de otros.

Hubo un tiempo en que la Iglesia, servidora de los intereses cortesanos y luego burgueses, apartada de su misión, creía que podría cumplir con su misión por la sola oración y penitencia. La historia, gran maestra, nos ha demostrado que a ninguna solución se ha llegado por esas vías. La historia nos deja, eso sí, el valor de la oración; pero al mismo tiempo, nos muestra ahora el camino por donde caminar para cumplir con la misión que Jesús dejó a su Iglesia. Y resulta que el camino que nos muestra la historia es sorprendentemente el mismo que recorrió Jesús: el compromiso con el hombre en la publicidad misma de sus relaciones.

Los apaga-fuego no se equivocan al ver en esto una llama y una luz que se levanta para el hombre que aspira a la libertad. Se equivocan en cambio, al no distinguir este fuego. Se trata de un fuego animado y sustentado por la entrega de un hombre y como él, de los hombres, que sin intereses políticos-rastreros, quieren cumplir una misión, la misión de Jesús: liberar al hombre del pecado de injusticia.

J.D.